

Los tísicos

Mary Helen Ponce *

Nunca pudo Nina recordar la primera vez que oyó decir la palabra *tísica*. Se le figuró que fue cuando ella tenía como ocho años durante los cuarenta. Una tarde en mayo había estado en la iglesia del Angel de la Guarda para confesarse. Adelante de ella iban amigas de su hermana mayor, Celia. Estaban hablando en voz baja pero Nina las oyó decir:

—¿Se va a casar Celia?

—No, él se va a arrepentir.

—¿Por qué?

—Está tísica. No va a poder tener kids.

Nina se arrimó para oír mejor pero en eso la empujó un muchacho neño diciéndole: —Múévase. Al moverse Nina, la conversación pronto terminó. Dentro del confesionario oscuro Nina sintió un escalofrío. La piel de sus brazos redondos se le enchinó, sus orejas casi zumbaban. Trató de pensar en lo que iba a confesar: los pecados mortales como haber comido un *hot dog* en viernes y los pecados veniales, haber chismeeado lo que hacía su hermanito Joey. Pero no pudo concentrarse. Su único pensamiento era Celia... y la palabra: *tísica*.

A Nina le preocupaba mucho pensar en Celia, la dulce y flaca hermana que tenía una tos que no se le iba. Celia tenía planeado casarse en el verano con su novio Ted. Recientemente él había venido a pedir su mano acompañado de doña Rosario, su única pariente. Los adultos habían pasado a la sala para discutir la próxima boda cuando Celia comenzó a toser y a toser. Doña Rosario se tapó la boca con un pañuelo. Sus ojos negros como medias lunas se prendieron en Celia que siguió tosiendo, sus hombros flacos subían y bajaban así como sus temblorosas pestañas. Después, la tía rechazó el café y con una voz brusca sugirió a su papá de Nina que Celia

debía mejor aliviarse de los pulmones y luego pensar en el matrimonio. Cuando al fin se fueron parecía que se llevaban con ellos la sonrisa de Celia —y la buena voluntad de su mamá. La sala quedó vacía. El silencio quebrado por el eco de la tos de Celia.

Poco después Ted cesó las visitas a Celia. Las palabras *June wedding* ya no se decían. Nina sabía bien la razón por la que Ted no se casaría con Celia. Ella era una tísica, tuberculosa, inservible para el matrimonio. Por las noches, sin poder ya dormir Nina se pasaba ratos contando no ovejas sino cuántas veces tosía Celia.

Durante el verano, en los días más calientes, Nina se secuestró dentro de la casa. También se sentaba bajo la enramada de uva. Había oído decir que el sol era malo para los tísicos: hacía que la enfermedad se desarrollara. Bajo la enramada hecha por su padre Nina se

sentía protegida del solazo. Estudiaba los racimos de uva que colgaban juntos, apretados unos a otros hasta hacer imposible separar una sola uva sin tocar a las demás.

A Nina los racimos se le figuraban como una familia. Cada una era distinta pero todas estaban cubiertas por una telilla del rocío de la mañana. Le daba por saber si la tuberculosis era como el rocío, como una nube que cubría a toda una familia hasta volverse tísicos. Dentro de la enramada bajo un cielo azul, ella examinaba las verdes ramas preguntándose: —¿Cuándo comenzaré yo a toser?

Ya en el *kindergarten* y en la primaria, Nina había sido llevada a la enfermería, donde le pusieron un estetoscopio sobre el pecho y la enfermera le ordenó que tosiera.

—¿Qué tosa?

—Si, quiero oírte toser.

